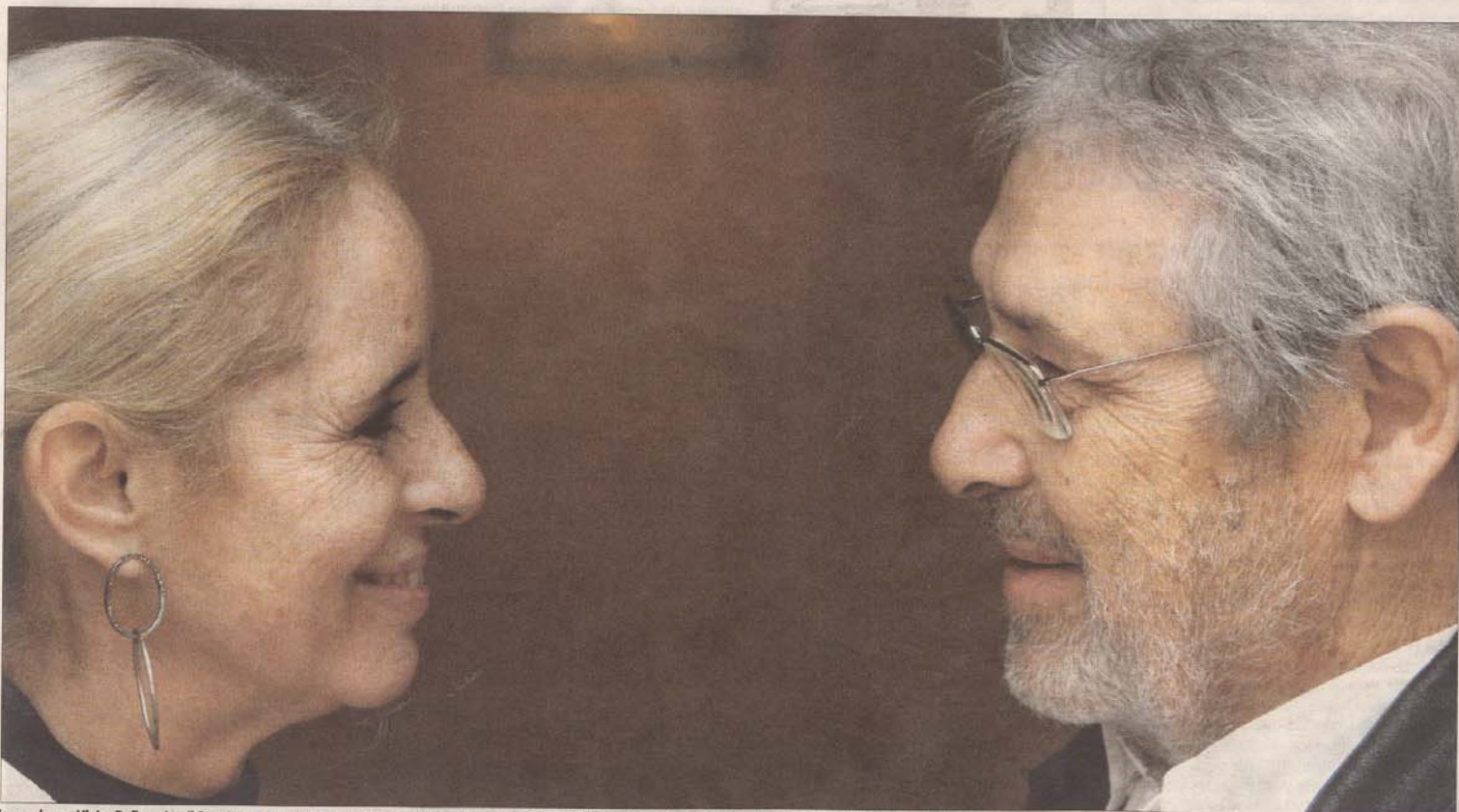


Ocio



Los actores Vicky Peña y Jordi Dauder, protagonistas de 'Après moi, le déluge', de Lluïsa Cunillé, que se representa en la sala pequeña del teatro Valle Inclán. / BEGOÑA RIVAS

VICKY PEÑA / JORDI DAUDER

Cómicos frente al Tercer Mundo

Teatro. La sala pequeña del Valle Inclán acoge 'Après moi, le déluge', una obra sobre la indiferencia de Occidente frente a la tragedia de los países pobres. Ambos actores reivindican la responsabilidad social de los ciudadanos

ESTHER MONTERO

Vicky Peña y Jordi Dauder, dos actores de larga y fecunda trayectoria, unen talento por vez primera en un escenario para ponerlo al servicio de una propuesta del Teatre Lliure sobre la sangrante realidad del llamado Tercer Mundo que veremos dirigido por Carlota Subirós en la pequeña sala Francisco Nieva del Teatro Valle-Inclán en Lavapiés. Vicky Peña (último Premio Max a la mejor actriz protagonista por *Homebody / Kabul*) es la intérprete; Jordi Dauder, tras años en la Compañía del Teatro Clásico, el *Hombre de negocios*.

Pregunta.— Me pregunto cómo es eso de trasladar las complejas relaciones entre el primer y tercer mundo a un escenario.

Jordi Dauder.— Lluïsa ha conseguido de una manera genial traducir ese continente, donde hay tanta miseria, injusticia y explotación y donde los europeos, el sistema capitalista y el imperialismo se han cebado, a un escenario, a la *suite* de un hotel. Es de una habilidad dramática y de una inteligencia y lucidez extraordinarias porque ahí están: los personajes y toda la situación que vive ese continente. Con qué pudor,

respeto y con qué poco maniqueísmo lo trata. Hay una gran inteligencia detrás de esta obra: una situación aparentemente anodina de un hombre de negocios y una intérprete va evolucionando y entramos en *El corazón de las tinieblas* (Conrad).

Vicky Peña.— Recuerdo una cosa que nos enseñaban en el Bachillerato cuando era pequeña y era el cambio de estado de los cuerpos, hay un cambio muy peculiar, de sólido a gaseoso, que se llama sublimación. Creo que Lluïsa ha hecho algo así, con un tema verdaderamente pétreo ha conseguido a través de un

J.D.— Hay una gran inteligencia detrás de esta obra: una situación aparentemente anodina...

proceso un tanto pudoroso, nada maniqueista, poético, que nos llegue el aroma, algo evanescente pero muy potente, de mucha eficacia.

P.— Sus personajes representan al primer mundo, una intérprete de idiomas y un hombre de negocios en Kinshasa. Ambos mantienen una actitud de indiferencia, de no querer

mirar lo que ocurre a su alrededor, algo muy común en el mundo occidental ¿no?

V.P.— Ellos representan dos maneras de enfrentarse a la realidad. Sí, mi personaje se ha construido una coraza para no dejarse afectar demasiado, aunque lo interpreta todo en clave de comodidad, ella está allí porque le gusta el sol y su actividad profesional. Quizás es a través de su mirada al hombre que se da cuenta de que eso que tiene catalogado como modo de vida en realidad es un terrible muro que se ha construido para vivir tranquila. A partir de ese momento, ese muro la acorrala y sí, sí, es la actitud del primer mundo.

J.D.— Yo soy el hombre de negocios que trabaja en ese momento para una multinacional, aunque ha trabajado en muchas. Tiene la misma coraza, el encuentro con otra persona le destruye todas las defensas, de golpe se encuentra desnudo tomando conciencia de la mierda de vida que ha llevado y de lo solo que está.

P.— Como artistas y como personas, ¿qué postura adoptáis ante los problemas del mundo? ¿Cómo os relacionáis con ellos?

V.P.— El oficio está entre otras cosas para hablar de ellos y ponerlos frente a los ojos de la gente, el teatro no sólo tiene que ser una ventana, si-

no un espejo e incluso un martillo, como decía Brecht, para conformar la realidad aunque sea a mazazos. En cuanto a mi postura personal vivo la paradoja de estar tan lejos de las soluciones... es difícil acceder a los problemas, hay instancias, gobiernos, está muy lejos de la mano de uno, pero no hay que renunciar a creer en que varias voluntades sumadas pueden conseguir mover cosas, sin duda. Y para eso creo que el primer paso es no cerrar los ojos como hacen estos personajes, sino conocer que abusamos, causamos dolor, que utilizamos por encima de

V.P.— El teatro no sólo tiene que ser una ventana, sino un espejo e incluso un martillo

nuestros recursos, no podemos obviar la realidad.

J.D.— Totalmente de acuerdo. Lo que sucede es que en ciertas ocasiones a los cómicos se nos ha catalogado de meternos en política, de decir no a la guerra... Hay una responsabilidad ética al hacer esta obra, compartimos al 100% lo que dice Lluïsa

Cunillé. El cómico es ciudadano y como ciudadanos tenemos el derecho de opinar y comprometernos, seamos cómicos, albañiles o amas de casa. Hay que utilizar a fondo el acceso que el actor tiene a los medios de comunicación, la popularidad, porque cómo vamos a callar ante tanta injusticia.

P.— ¿Qué opinan sobre el grado de intercambio de producciones catalanas y madrileñas?

J.D.— Está ahora el *Rey Lear* del Centro Dramático en el Teatro Nacional de Catalunya y durante todo el año ha habido en Barcelona tanto producciones públicas como privadas...

V.P.— El *¡Ay Carmela!* en el Tivoli.

J.D.— Y ha estado el *Marat Sa-de...*

V.P.— Y *El enemigo del pueblo*, muchas cosas, hay total naturalidad y yo creo que los cómicos no tenemos que entrar en esa dialéctica. En nuestro territorio, nuestra patria, que es los escenarios, nadie ha puesto fronteras ni visas y no vamos a dejar que las pongan. A mí no me interesa esa polémica si es que la hubiera...

J.D.— La cultura es universal. Yo nunca me he sentido invadido ni por Baudelaire, ni por Shakespeare, ni Cicerón...